

MARÍA VICTORIA MORENO

M.V.M., una profesora feliz de serlo

por María Victoria Moreno



Esa señora a quien veis paseando por «Las Palmeras» de Pontevedra, acompañada de una perra llamada María Nicasia (Nica para los amigos) es María Victoria Moreno. Nació bajo el signo de Tauro en Valencia de Alcántara (Cáceres), y ahora es catedrática

(PES, que en gallego significa *pies*, por culpa de Solana y los pesoés) de Literatura Española en el Instituto de Bachillerato «Gonzalo Torrente Ballester».

Desde Valencia de Alcántara (1941) hasta Pontevedra (1992) hay un largo camino recorrido: Badajoz, Segovia,

Barcelona, Madrid y Lugo. En Badajoz pasó la primera infancia, ajena a todas las miserias que padecía España, en una casa bonita, con criadas, niñera y coche. Y allí se hizo mayor, a los dieciséis meses, con la llegada de una hermana mucho más guapa, mucho más fuerte y mucho más traviesa

que ella. Después de esta hermana, que hoy es médico, y en intervalos muy cortos, llegaron dos hermanos, también más guapos, más fuertes y más traviesos, de los cuales uno es hoy abogado y el otro PES, pero está contento de serlo porque en Palencia esta palabra no alude a la parte de nuestro cuerpo que siempre toca el suelo y porque milita en el pesoé.

El recuerdo más vivo que M.V. guarda de esta época es ya de persona mayor: su hermana se cayó un día a la fuente del jardín y ella sufrió, tanto porque la vio en peligro de ahogarse como porque se sentía responsable del penoso accidente. Qué largo es hoy en el recuerdo aquel caminar desde la fuente hasta la casa sobre el reguero de agua que iba dejando la niña no ahogada, pero sí vociferante, en brazos de su padre.

La estancia en distintos pueblos de la provincia de Segovia empezó con la muerte del padre de M.V., que le hizo la faena de irse de este mundo cuando ella más lo necesitaba. Su madre, maestra que no había ejercido nunca, se puso a trabajar y entonces se supo en casa lo que era querer una cosa y no poderla tener. También entonces descubrió M.V. que nada de lo que se consigue con dinero vale realmente la pena y se creó su propio mundo de ensueño, donde la melancolía y la felicidad inefable formaban una síntesis tan perfecta que a veces llegaban a identificarse. Desde este mundo se mantenía ajena a las travessuras de sus hermanos y, sin haber salido de él, se mantiene hoy ajena a toda ambición.

Los años de Segovia coincidieron con los de Barcelona y Madrid. Segovia para las vacaciones, Barcelona o Madrid para el curso académico. En Barcelona hizo el Bachillerato, todo con sobresalientes, en un colegio de la Sección Femenina del que guarda el mejor de los recuerdos y donde descubrió el significado profundo de la amistad. La asignatura que más le gustaba eran las Matemáticas, porque

sólo había que entenderlas y daban poco trabajo, pero optó por las Letras debido a la admiración que despertaba en ella Rosa Juliá, su profesora de Latín, que la dejó fascinada por el mundo clásico y por la Filología. Además, con las Matemáticas había pasado algo muy triste. La profesora explicaba no sé qué historia de los números *consecutivos*, y lo explicó bien, y M.V. lo entendió perfectamente. El problema surgió a la hora de poner ejemplos para demostrarlo, el 13 y el 427, el 83 y el 231, el 4 y el 9... Y nada, la cosa no salía. Entonces M.V., que siempre tuvo un corazón compasivo, vio que la pobre mujer estaba sufriendo y quiso echarle una mano. «Profesora —le dijo—, lo que usted ha explicado está muy bien, yo lo he hecho con el 13 y el 14, y sale. Pruebe con el 341 y el 342, ya verá.» Pobre M.V., nunca tal hiciera: fue insultada, expulsada de clase y suspendida. Pero hoy no recuerda este episodio con tristeza ni con rencor porque, *mutatis mutandis*, lo ha experimentado en otras ocasiones y ha llegado a la conclusión de que hay pobres personas que se defienden con las uñas o con los

dientes porque les falta «eso» que hace ver la vida desde perspectivas más elevadas, más solidarias y benévolas.

En Madrid cursó Filología Románica, también con muchos sobresalientes. Allí descubrió que los tiempos de pobreza familiar, determinados por la muerte prematura del padre, no eran circunstancia exclusiva de su familia, sino el mal generalizado en un país destruido por una guerra y reprimido por una dictadura. Se sintió una privilegiada y despertó en ella el compromiso de compartir con los demás lo único que tenía, lo que había aprendido hasta entonces. Por eso, por las tardes, se iba a Entrevías a dar clase de Francés. Hacía el recorrido desde la Ciudad Universitaria en metro y a pie, vestía modestamente, pero iba limpia, oliendo a colonia y con un aire muy pedante. Un día sus alumnos se subieron a una barandilla y se orinaron sobre M.V. cuando más satisfecha salía de haber hecho bien su trabajo. La meada fue tal, que los orines llegaron a entrarle en la boca y pudo descubrir que su sabor es parecido al de las lágrimas o al del agua



DON QUIJOTE DE LA MANCHA, BARCELONA: LUMEN, 1989.

del mar, pero más amargo. Este episodio lo recuerda hoy con agradecimiento, como una buena y difícil lección que, después de asimilada, le ha ayudado a ser la buena profesora que cree haber sido desde que se vio por primera vez en un Instituto y ante unos alumnos que esperaban de ella cualquier cosa menos el aire de superioridad. También en Madrid conoció al que es su marido desde 1963, un compañero de la Facultad, ciego, diez años mayor que ella, que tocaba maravillosamente el piano y al que reconoce deberle muchas cosas, entre ellas el haberla traído a vivir a Galicia.

Acabar la carrera en junio, casarse en julio, empezar a trabajar como profesora interina en octubre y sacar la primera oposición que convocaron fue todo uno. Así se vio M.V. en Lugo, donde descubrió el peor clima y la mejor gente de toda Galicia. Por aquel entonces sólo había en la provincia dos Institutos, ambos en la capital, y los alumnos libres se contaban por miles. Procedían todos del medio rural y llegaban asustados, tanto que suspendían más por el miedo que por la ignorancia. Xesús Alonso Montero, que era el catedrático y, por lo tanto, el jefe de M.V., los recibía hablándoles en gallego y se producía el milagro: aquella multitud tensa respiraba hondo, se relajaba y aprobaba la Lengua Española. Al ver esto M.V. se dijo: «Ésta es tu alternativa: o trabajas para Galicia, y eso se hace en gallego, o te vuelves a la meseta». Y se quedó en Galicia, donde espera ser cristianamente enterrada cuando le llegue su día.

El encuentro de M.V. con los libros, con lo que debe entenderse por libros en el buen sentido de la palabra, fue tardío, aunque es cierto que los amó precozmente como objetos, es decir, como los aman hoy quienes los compran por metros para decorar estancias. Sus preferidos eran el *Misal* de su madre y el *Medina y Marañón* (un compendio de leyes civiles, mercantiles y penales) de su padre. ¡Qué sua-

ve la piel, qué delicado el papel, qué bonitos los cantos dorados! M.V. percibía el mundo a través de los sentidos, no por la letra impresa, y no le gustaba leer, ni rezar el Rosario, ni escuchar a Beethoven. Era consciente de que esto estaba mal, pero no podía remediarlo. ¡Qué asco los fabulistas del XVIII —A un panal de rica miel / cien mil moscas acudieron / y por golosas murieron / presas de patas en él— y qué divertido ver las moscas vivas, afanándose con sus manitas en «hacer calceta» o «jugando al caballito»! Leyó el *Quijote* entero a los doce años y no se rió ni siquiera con la historia de Pentapolín del Arremangado Brazo y Alifanfarón de la Trapobana. Antes bien, se quedó con el corazón encogido y no se tranquilizó hasta que no vio al pobre viejo cuerdo, muerto y sosegado. En este mismo tiempo también cayó en sus manos *Le petit*

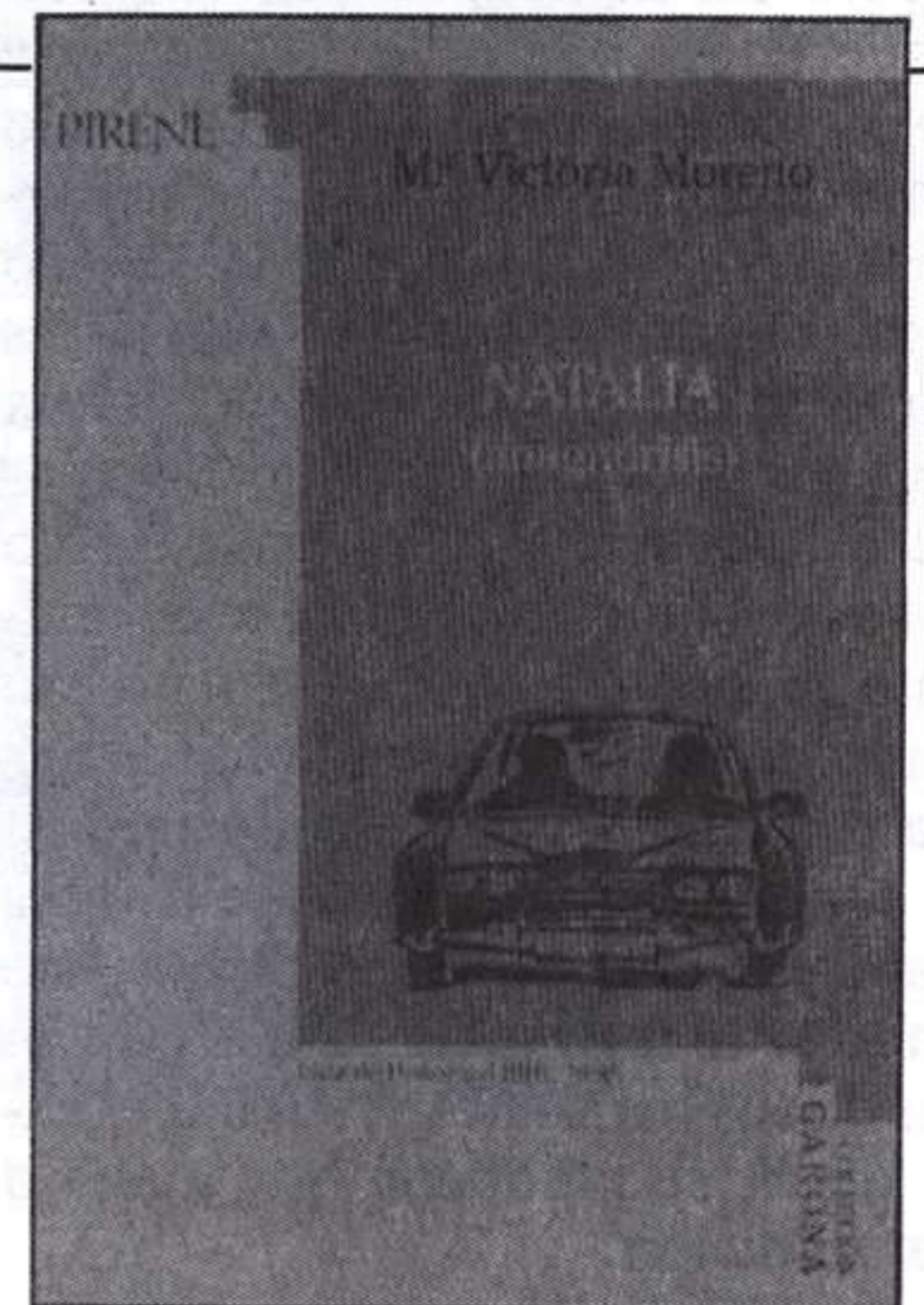
prince, en francés, en una edición sin piel suave, sin papel delicado y sin cantos dorados, y se produjo el milagro: ¡eso era un libro! Una hermosa mentira que hacía reír, pensar y llorar apaciblemente. Una palabra detrás de otra en perfecta armonía. Infinitud de verdades tan discretas que se escondían tras la ficción del argumento. ¿No había más libros así, para ser feliz leyéndolos?

Desde este momento M.V. ha leído todo lo que ha podido, ha intentado que lean sus alumnos, que lean sus hijos y que lean sus lectores. De todos modos, hay libros que se le caen de las manos y, entre Beethoven y Alberto Cortez, se queda con este último para una tarde de lluvia. Y no ha encontrado mejor tratado de amor que el capítulo XXI de *Le petit prince*, el que empieza diciendo: «C'est alors qu'apparut le renard...». ■

Bibliografía

Infantil-juvenil

- Mar adiante*, Sada (La Coruña): Castro, 1970.
- Literatura século XX*, Vigo: Galaxia, 1985 (en colaboración con Xesús Rábade).
- A brétema*, Vigo: Galaxia, 1985. (Existen versiones en catalán y castellano.)
- Leonardo e os fontaneiros*, Vigo: Galaxia-SM, 1986. (Existe versión en castellano.)
- A festa no faiado*, Vigo: Galaxia, 1986. (Existen versiones en arañés, catalán, castellano y vasco.)
- Anagnorise*, Vigo: Galaxia, 1988. (Existe versión en castellano, en Pirene.)
- O cataventos*, La Coruña: Sotelo Blanco, 1989. (Existe versión en catalán, en Publicacions de l'Abadia de Montserrat.)



- Nico e miños*, Santiago de Compostela: Consellería de Cultura de la Xunta de Galicia, 1989.
- SOS*, Santiago de Compostela: El Correo Gallego, 1992.
- Querida avoa*, Vigo: Ir Indo (colección Contos do Castromil), 1992.